



Fiesta del encuentro, Oberkirch Marienfried

Lecturas: Ex 15,1-21; Jn 20,19-23

“Él viene: asimilarse al ritmo del Padre”

Mons. Dr. Robert Zollitsch

Queridos hermanos en la comunidad de la fe:

“Él viene”. Con estas dos sencillas palabras enviadas en un postal desde Marienfried, ustedes han anunciado la fiesta de hoy. Y no se refieren al arzobispo, lo entiendo muy bien, sino a otro inigualablemente más importante: el fundador de nuestro Movimiento de Schoenstatt, el Padre José Kentenich. Naturalmente es difícil que alguien que ha muerto hace décadas, pueda venir y quedarse con nosotros. Y sería imposible, a pesar de la creciente esperanza de vida, que alguien pudiera venir a la celebración de este jubileo cien años después de poner la primera piedra para una obra grandiosa. Por tanto, ¿nos hemos dejado engañar por lo que aparece en la publicidad? De ninguna manera, porque la imagen de la invitación explica de qué se trata: hoy vamos a bendecir la estatua del Padre Kentenich en Marienfried.

"El viene": en forma no muy flexible, fundido en bronce, pero palpable, tangible y en tamaño natural. Tal como lo conocemos de Milwaukee y de Belmonte, tal como espera a los peregrinos ante la Casa José Kentenich, en Schoenstatt. Pero ¿para qué viene? ¿Por qué erigimos su figura de bronce en nuestro centro diocesano, en Marienfried? Por un lado, se pone de manifiesto que cien años después de que se fundara nuestra Familia de Schoenstatt, seguimos “viniendo”, seguimos siendo totalmente actuales. También cien años después de que el Padre José Kentenich se reuniera con los estudiantes en la capilla de san Miguel para sellar la Alianza de Amor con la Virgen, podemos vivir de la fuerza de esa Alianza de Amor.

Por otro lado, es hoy plenamente actual encontrarse con nuestro Padre y Fundador para dejarnos inspirar por él. Las personas que lo conocieron cuentan que era un director espiritual con una personalidad impactante, que los acompañaba como un verdadero padre. Experimentaron a un sacerdote que tocó sus almas y renovó sus vidas porque estaba presente para ellos, los escuchaba y los conducía. Yo mismo tuve esta experiencia cuando era estudiante y estuve durante dos semanas en Milwaukee. Nunca en mi vida he vuelto a encontrar a alguien con el que me haya sentido tan aceptado, que me haya escuchado con tanta intensidad y tanta atención. Esto me marcó profundamente y no puedo ni siquiera expresar lo agradecido que estoy por ese encuentro. Me transformó e hizo que después me preguntara cómo puedo corresponder, como sacerdote, a lo que él me regaló en ese momento. He experimentado que un encuentro de este tipo puede despertar una vida que

estimula y llevar a una dimensión más profunda. Esta experiencia es la que deseo que tengamos hoy todos nosotros.

Podemos preguntarnos, ¿esto sucede por una escultura? ¿Nos podemos transformar realmente por ella? Desde luego que no. Ni siquiera puede hablar una escultura tan hermosa y sugerente. Por ella no vamos a enterarnos de nada. Pero puede despertar interés. Está en el espacio y nos desafía. No podemos pasar indiferentes a su lado. Y nos recuerda que el Padre Kentenich estuvo en Oberkirch en septiembre de 1967. Nos invita a profundizar lo que nos dijo aquí a la Familia de Baden, y en el jubileo nos invita de manera especial a preguntarnos cómo mantener vivo lo que el Padre Kentenich impulsó hace cien años y cómo llevó ese impulso a la Iglesia.

Porque no se trata de mirar hacia atrás con nostalgia y deleitarse en los recuerdos. Se trata de que retomemos lo que a través de nuestro fundador irrumpió en la Iglesia e impulsó su renovación. Ha puesto en nuestra mano la clave para que demos testimonio de Jesucristo en el mundo actual, tan cambiado; vivir una fe que no dependa de ratificaciones o influencias; una fe resistente a la intemperie, que indique el camino al futuro. Nos corresponde a nosotros hacer nuestra la tarea que él nos entregó: que asumamos su ritmo y lo llevemos juntos a nuestra diócesis.

En este sentido, hemos aportado mucho a la Iglesia en los últimos años y por ello les estoy muy agradecido. Yo mismo, como arzobispo, me he sabido llevado y apoyado no en último lugar por sus oraciones en los últimos once años. Juntos nos hemos comprometido e iniciado en muchas cosas, para regalarnos recíprocamente el corazón y para encender una nueva imagen de Iglesia. Una Iglesia que está dispuesta a escuchar y se interesa atentamente por lo que necesitan los hombres de nuestros días; una Iglesia servicial, que no le da importancia a la apariencia exterior, sino que se pregunta cómo es que están apartados los cuestionadores y los necesitados; una Iglesia peregrina, que está siempre en marcha y no se basta a sí misma, que está dispuesta a atraer a otros a su camino y a dejarse sorprender por Dios, que es más grande que lo que nos imaginamos. Intuimos lo actual y central que es todo esto, para anunciar el Evangelio de manera creíble. Y lo agradecidos que estamos por tener al Papa Francisco que vive de este espíritu: junto con él podemos hacer realidad nuestra visión de la Iglesia. Para nosotros es más que una observación menor el que tenga sobre su mesa de luz la imagen de la MTA, que haya podido captar mucho del Movimiento en la Argentina. Me alegra que tengamos en él un pedagogo que reconoce a dónde nos lleva este tiempo: a vivir el Evangelio con nitidez y claridad y a dar de ello un alegre testimonio a la gente. El Papa Francisco nos enseña: si nos comprometemos de forma auténtica y directa con nuestra fe, encontraremos personas atentas a ello y que buscan encontrar a Cristo Jesús.

Si vivimos de esta manera como cristianos, podremos incorporar todo lo que hemos experimentado en nuestra Familia a través del Padre Kentenich. Sí, casi quisiera decir: tenemos la obligación de no esconder nuestro tesoro bajo tierra. Nuestra Iglesia necesita, precisamente en nuestro país, de nuestra experiencia, necesita del encuentro con nuestro fundador. En la pastoral familiar, cuando se trata de fortalecer a las parejas, de tener ánimo para despertar a los niños, de la convivencia y del dar un testimonio mutuo. Salir con la Virgen Peregrina, llevarla a los vecinos e invitarlos a rezar. Y esto lo hacemos como

comunidad apostólica, en la que en primer lugar son los laicos quienes asumen la responsabilidad. Aquí tenemos un papel pionero, justo en un tiempo en el que lamentablemente no hay tantos sacerdotes como estábamos acostumbrados a tener y como nos gustaría tener. En nuestro Movimiento mostramos como vivimos naturalmente una cooperación constructiva entre los sacerdotes y los laicos y como, con ello, apreciamos al otro. Todo en un ritmo que no es un eslogan, quizás particularmente apropiado en el momento que se juega el campeonato mundial de fútbol, esto es algo que se realiza con la vida y al mismo tiempo supone siempre una tarea.

Son valores e intenciones fundamentales que defendemos y por los cuales nos hacemos fuertes. El Padre Kentenich, con su perspicacia, reconoció hace ya muchos años que se trata de vivir activamente nuestra fe en un entorno secularizado. Así que, de hecho, aún hoy tenemos que dejarnos conmover por él y fortalecernos así en nuestro camino. Justo en el año jubilar nos hace bien poner nuestras manos en su mano e implorar su bendición. ¡Es hermoso que podamos hacer esto ahora concretamente en Oberkirch! Y no es asombroso que en Roma o en Schoenstatt se encuentren de esta manera con el Padre Kentenich sobre todo los jóvenes, que buscan la transferencia de vida y lo toman como su amigo.

Queridos hermanos esto significa para nosotros en Oberkirch, que estamos erigiendo algo más que una estatua. Todo depende de que mantengamos vivo lo que el Padre Kentenich impulsó para la Iglesia y de manera especial, lo que dijo aquí con nosotros y para nosotros. Depende de nosotros que retomemos esto y lo transmitamos a nuestra época. Así podemos recordar lo que el Padre Kentenich nos transmitió aquí en Oberkirch, hace casi cincuenta años, sobre nuestro camino como Familia de Schoenstatt en la arquidiócesis de Friburgo. “Familia Victoria Patris”: así se resume su deseo principal para la Familia de Baden. Quizá suene muy lejano para algunos oídos. Y sin embargo es de gran actualidad. En nuestra Familia vivimos la victoria del Padre. A veces, y esto es interesante, en dos direcciones. El Padre Kentenich dice: “Esto puede tener un doble significado. Por un lado, el Padre ha triunfado sobre nuestra naturaleza, sobre la naturaleza del hombre moderno. Pero ‘Familia Victoria Patris’ también puede significar que nosotros hemos triunfado sobre Dios Padre.” ¿Cómo podemos entender esto? El Padre prosigue con estos dos pensamientos. La victoria del Padre sobre nosotros es para él la gracia que experimentamos en el Santuario. No somos nosotros los que actuamos, ¡Dios actúa en nosotros! Así dice: “Es un [...] error, cuando pensamos que podríamos recuperar la fe [...] mediante investigaciones científicas. La fe es un regalo de arriba, un regalo de la gracia. [...] Podemos estar convencidos, [...] que desde el Santuario la Virgen nos regala a todos una fe inusualmente cálida, sumamente activa, osada y especialmente una fe en la Divina Providencia”. Si, todo depende de reconocer siempre de nuevo y aceptar el ser guiado por Dios. Reconocer e interpretar sus huellas: esta es la tarea que nuestro Padre nos pone de forma especial en el corazón, justo aquí en Oberkirch. En el Santuario podemos “poner la escalera”, como él decía, para encontrar el camino directo a Dios. Así puede Él vencer sobre nosotros, sobre las debilidades de la naturaleza humana. Al mismo tiempo, y esto es lo notable que presenta nuestro Padre y Fundador, permite también nuestra “victoria sobre Dios”. “¿Cuándo triunfamos más y con más fuerza sobre el Padre Dios?”, pregunta el Padre Kentenich y responde: “cuando en silencio y humildemente

reconocemos nuestra pobreza. [...] Mi debilidad reconocida es mi triunfo sobre Dios Padre. Dios Padre no puede hacer otra cosa que inclinarse hacia mí amorosamente y llevarme a su corazón”.

Queridos hermanos, lo que quizás a primera vista puede sonar sencillo, es el camino para poder vivir hoy nuestra fe. Hablamos con frecuencia de las fracturas de la vida y nos resulta difícil aceptar que también en nuestra vida hay fracturas y una necesidad de reconciliación, que sólo Dios nos puede regalar. En la Iglesia hablamos a menudo de que Dios ha actuado en la historia pero nos resulta difícil conocer y reconocer que en lo que sucede en la actualidad, Dios está vivo y actúa. Si queremos vivir nuestra fe con fuerza, podemos reconocer en el encuentro con el Padre Kentenich, que en él tenemos la clave para caminar hacia el futuro llenos de esperanza y absoluta confianza. Entonces vemos que nuestro Padre sigue “viniendo” con vigor aún después de estos cien años de Schoenstatt. Por lo tanto hoy podemos tocarlo y sacar fuerzas de este encuentro.

Traducción: M. Paz Leiva, Madrid, España